

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

FILMANDO CON LAS HELICES

Poetas, santones, monos y esqueletos

(II)

A falta de santos, santones. Al principio, recién llegado a la India, no sabe uno bien qué son los santones, hasta el día en que a la puerta del hotel se presenta un ser que va semidesnudo, que lleva los cabellos largos, endurecidos de suciedad y aceite, como de fieltro, y la cara embadurnada de un polvo blanco que puede ser cal, que puede ser ceniza o que es simplemente harina o talco. Este personaje, con uno o dos cordeles cruzados en el pecho, o bien atados a la cintura, lleva además largas barbas, y al cuello varios rosarios y pulseras, y cadenas de cuentas de madera en los tobillos. Todo él se destila por los ojos, se destila en una suspensa expresión de asombro. Se diría que se asombra él mismo de verse en aquel estado, en su desnudez pálida, en su presencia que sorprende, en lo que sin duda considera una encarnación suplementaria. Nadie lo mueve del lugar en que nos espera, desde donde nos atisba con sus miradas, fijando en nosotros sus ojos inquisidores, a tal punto que llegamos a sentirnos culpables. ¿Culpables? ¿Culpables de qué? Y al punto nos respondemos: de que aquel hombre ande así. El santón no estaría así, si no anduviera en el sacrificio de su cuerpo y su ánima, para bien de la humanidad, para la salvación del hombre pecador y perverso. Tratamos de apartarlo de nuestro camino y no podemos. Está allí, firme, sin pasos, igual que si hubiera echado raíces. No es un hombre, no es un ser humano. Principió, para nosotros, siendo un muñeco pintarrajeado, y acabó siendo algo así como árbol, como un vegetal humanizado, con su tronco descascarado, simulando carne, y sus mechas igual que musgo entre las ramas, y sus hieráticos miembros y sus pocos movimientos. ¿Hablarle? ¿Para qué le hemos de dirigir la palabra? ¿Nos entenderá? No, eso no, pues no hablará nuestro idioma. Pero, ¿nos oírá siquiera? ¿Gozará del sentido del oído? ¿Será

sordo? Así parece. No le conmueve una bocina de auto que viene sonando para que se aparte. Sigue en su puesto. Es un hombre árbol. Un ser ausente, lejano, salido de los recreos oscuros de los espíritus y petrificado en el Tibet o en el desierto. Sus pies saben de leguas y distancias, sus carnes de intemperies, sus ojos de soledades y multitudes. Todo le da igual. Ser o no ser. Estar o no estar. Por fin alguien lo toma del brazo y lo quita del lugar en que impide el paso de los vehículos, frente a la puerta del hotel, y dócilmente se deja llevar, y donde la mano que le impulsaba le deja, allí se queda, y desde allí sigue mirándonos. Es desesperante no saber qué dice con los ojos. Chasquea la lengua entre los labios pintados de rojo. ¿Habla? Quizás aquellos chasquidos son sonidos con los que intenta decir algo. Sigue mirándonos. Siguen hijos en nosotros, que ya hemos subido al automóvil, sus ojos. Volvemos a verle. Ya el motor está en marcha. No quisiéramos partir. Quisiéramos arrancar antes al santo aquel el secreto profundo de su mirada para nosotros, que nos hablara, que nos iluminara, pues es seguro que dentro tiene un volcán oculto, un fuego que nada apaga. Pronto nos damos cuenta que en lugar de uno, a nuestro paso, surgirán ciento. Por ciudades, villorrios, caminos, estaciones de ferrocarril y apeaderos de carruajes y carretas, pululan los santones. Algunas veces alargan la mano como mendigos. Son más mendigos que santos. Otras se mantienen erguidos, enhiestos, firmes, ajenos a lo que pasa en su derredor. Son más antenas que mendigos. Y otras veces se mueven, se agitan, por lo regular en la entrada de los templos, igual que centinelas que tuvieran que guardar la puerta de oro. Acabará por fatigarse este personaje, nos decimos, al ir de visita al Templo de los Monos. Pero pasa un cuarto de hora, media hora, una hora, y sigue en su misma agitación de llama enloquecida, soplada por un huracán interior terrible. Salta, baja,

sube, se arrodilla, se tira al suelo, se estira, se levanta, se cruza de manos, se despananca, se crucifica, se empina, se acucilla. Interiml, interminablemente... En Benarés, en Bombay, en Calcuta, nos seguiría la misma visión apocalíptica, el ejército interminable de los santones. Los hay que tienen la nariz tan roja, como cresta de gallo, los cabellos negros, empolvados de oro, las uñas largas como garras, siempre envueltos en una expresión de ausencia que se hace presente. Hemos encontrado quizás una explicación que de momento nos satisface, sobre la impresión que nos causan los santones. Son la representación de la ausencia. Es la ausencia que se hace presente en ellos. ¿Qué ausencia? ¿Cómo ausencia? Si hay de tantas cosas de que estamos ausentes... Pues todas esas cosas y todos esos seres, queridos o desconocidos, que no están con nosotros, son la ausencia, la ausencia que se hace presente en estos seres que están y parecen no estar, que son y parecen no ser, que ven y parecen no ver, que respiran apenas, con sus escasas cajas torácicas, y que tragan saliva de vez en cuando para mitigar la sed. Afortunadamente, la India se va haciendo presente en todos los otros campos de la actividad humana. El tropel de los santones va quedándose atrás. Son muchos, pero ya desaparecerán, como seres que nada producen. Existen al amparo de los templos y de las creencias, en los pórticos y en las fuentes, en las escalinatas que bajan de Benarés al Ganges, en los suburbios de Bombay, en los bazares de la vieja Delhi, junto a las mezquitas de perla blanca. Barbas y ojos, barbas y ojos, aún conservamos el recuerdo de sus ojos fijos, inquietantes, jamás cubiertos por sus párpados.

Miguel Angel ASTURIAS

MOROS Y CRISTIANOS

OTROS TIEMPOS, OTRAS GUERRAS

DURANTE la Edad Media, San Jorge fue en este lado de la Península algo muy parecido a lo que Santiago en el otro: «matamoros». Ignoro qué carácter tuvo su calidad de Patrón en el imperio de los Zares o en la Gran Bretaña, pero entre nosotros adquirió una significación notoriamente militar. Quizá lo decidían las necesidades de la Reconquista. La lucha contra el infiel tenía que afirmarse con señales claras de ayuda sobrenatural, y un caballero celeste era lo más oportuno para el caso, si su intervención se vinculaba a alguna victoria enorme. Cuentan los viejos libros indígenas que, así en la toma de Mallorca como en la de Valencia, los ejércitos de Jaime I contaron con la espada del Mártir de Capadocia, y bien sabido es que, a menudo, los almogávares se lanzaban al ataque gritando «Sant Jordi, Sant Jordi!». Hoy apenas queda un leve recuerdo de todo ello. Por razones históricas curiosamente vivas, Santiago conservó su vigencia en las tierras vecinas, sin grandes cambios; por las mismas razones, pero al revés, San Jorge perdió la suya aquí. En Cataluña volvió a ser el vencedor del dragón: «Sant Jordi mata l'aranya», y la ceremonia barcelonesa de las rosas constituye su residuo sonriente. En el País Valenciano, ni siquiera eso: le sustituyeron por San Vicente Ferrer, que hacía otra especie de milagros. En realidad, sólo en Alcoy —que yo sepa, por lo menos— mantiene San Jorge su prestigio inicial de guerrero supernumerario. Según la leyenda, Alcoy fue rescatado del Islam gracias a la mediación del santo. Y todavía lo conmemoran. Las fiestas son famosas. En realidad, lo son bastante menos de lo que merecen. El espectáculo posee una energía y una vistosidad difíciles de igualar. Se trata, claro está, de una evocación alegre y teatral del episodio mítico: «moros i cristians» lo llaman. Las pantomimas que reproducían batallas entre cristianos y moros tuvieron su boga, en otros tiempos y en muchos lugares de España. A la larga, sólo aquí han prevalecido y prosperado: en la zona

del sur valenciano que tiene Alcoy como centro. La justificación local varía, desde luego, y de hecho, se limita a la simple exigencia de holgorio colectivo. En un sitio la aplican a Santa Marta; en otro, a San Sebastián; más allá, a la Virgen de Agosto, o a cualquier otro momento del calendario piadoso. Alcoy la traduce en efemérides civil: pretende evocar una peripecia concreta, puntualmente establecida por la tradición. No hará falta explicar el desarrollo del acontecimiento. Primero ganan los moros y luego, en la segunda y definitiva fase de la operación, los cristianos se imponen: en el último instante, sobre la fortaleza de cartón-piedra que representa a la villa disputada, se aparece San Jorge, un nene, el «sant-jordiet», que dirige la cuestión. El trámite no puede ser más esplendoroso: vestimentas fantásticas, versos increíbles, pólvora quemada en cantidades fabulosas, músicas de una fuerza insólita y mucho puro habano, y mucho café-lícor, y muchas ganas de pasarlo bien. Es lo que debe ser una «fiesta», al fin y al cabo. ¿O no? Este año he vuelto a Alcoy, y a ver Alcoy en su salsa: en su fiesta. Se dice que nunca conocemos exactamente a una persona sino cuando la observamos «fuera de sí» —en un minuto de cólera o de amor—, y lo mismo ocurre con los pueblos. Nada mejor que el desahago excepcional del festejo para entenderlos, o para completar su entendimiento. Eso nos llevaría a reflexionar sobre la condición «industrial» de Alcoy en medio de un País Valenciano agrario y hotelero. El tema es excesivo, para esta nota. En todo caso, Alcoy se muestra como es, en sus «moros i cristians». También se mostraba como es en las explosiones proletarias inspiradas por la I Internacional. En cierto modo, y por ejemplo, el dramático altercado de 1873 fue un «moros-i-cristians» en serio, en que los «moros» estuvieron a punto de ganar. Pero no: el paralelo resulta deformante. En las fiestas, los «moros» son tan atables como los «cristianos»: más nume-

rosos, más brillantes en la indumentaria y en el armamento, pero iguales. El juego está pautado. En las comparsas de los «moros», precisamente, se podía distinguir al mismísimo alcalde de la ciudad, y hasta a un gobernador civil nativo, con faldas o turbantes, medias lunas y cimitarras: los contribuyentes aplauden. No es mi propósito detenerme en descripciones: hay que venir a verlo. Las calles de Alcoy, en los destiles de la «entrada» o en las idas y venidas estentóreas por el asedio del castillo, son un escenario magnífico: una pululación de percalinas, de ruidos, de gestos, que ni el «metteur» más experimentado sabría montar. ¿Fue así siempre? Me lo preguntaba, viendo transcurrir las «filas». Hace ochenta años, Canalejas dominaba el cotarro comarcal: el cacique canalejista pudo ser perfectamente capitán de moros o de cristianos, ya que «la Ley del Candado» carecía de importancia, en la práctica. Pero, ¿y el señor Botella Asensi? El señor Botella, de Alcoy, llegó a ministro de la II República. Con Lerroux o con alguien de este tipo. Era un anticlerical de tomo y lomo, huelga decirlo. ¿Qué pensaba de los «moros», de los «cristians», de «Sant Jordi»? Don Manuel Azaña no le perdonó alguna zancadilla parlamentaria, allá por el marzo del 33, y en su «Diario» subraya el defecto facial de su adversario: era bizco. Azaña se concitó, entonces, la hostilidad de tres bizcos: Botella, don Ricardo Samper y el general Cabanellas. Cosas de la vida. La verdad es que la cara de don Manuel tampoco era la de un Adonis... Probablemente, en la época de Botella Asensi, los «moros i cristians» aún no habían logrado la configuración actual. No lo sé. Pero, en general, las fiestas «populares», pese a su motivación de apariencia religiosa, suelen reunir adhesiones muy extrañas. El «patriotismo local» influye mucho. En Valencia, muchos supervivientes del blasquismo, van a las procesiones o a las ofrendas de flores a la Virgen de los Desamparados. Tiene que ser así.

Las de Alcoy son fiestas «populares», pero con moderación. Salir a la calle vestido de «moro» o de «cristià» cuesta un ojo de la cara, según me informan. No digamos ya las altas jerarquías de los bandos: el capitán de los cristianos, este año, lucía un atuendo suntuoso, como del Radamés de «Aida», y un corresponsal de Prensa lo ha valorado en sesenta mil pesetas. Setecientas por barba tenían que pagar —me lo confesó un participante— los soldados de a pie, para disponer de un acompañante que les cargase el trabuco, y ese jornal destinado al fulminante tendría que sumarse a los gastos básicos del uniforme y del resto de la maniobra. La ciudadanía subalterna se resigna a mirar. Más vale eso que nada. Por otro lado, el asunto no tiene solución... Un rastro de humor atenúa las esquinas duras del panorama. Los «moros», en su «entrada», no vacilan en adornarse como la más pintoresca de las tribus del Africa Central. Entre los «cristians», teóricamente del siglo XIII, figuran trajes de huertanos del XIX o de bandoleros a lo Diego Corrientes. El anacronismo es encantador. Parece que alguna voz cominera propugna un mayor verismo escenográfico: sería empobrecer la fiesta. Uno de los momentos más singulares de la «guerra» es «l'encaro»: el «enfrentamiento» de los capitanes moro y cristiano, en la primera etapa de la lucha. Después de disparar millares de petardos en el simulacro de combate, los dos jerifaltes se encuentran, se abrazan, destapan una botella de champán, se la beben, y reanudan el estruendo. Es una fiesta y no una batalla. Y San Jorge, el «sant-jordiet», queda como una referencia emotiva, última... Don Américo Castro sacaría conclusiones solemnes. Y se equivocaría. Lo de Alcoy es una «realidad histórica» muy diferente a la que Castro sugiere. Gracias a Dios, dicho sea de paso. Si: hay que venir a Alcoy a verlo...

Joan FUSTER

leiter centro de formación especializada ausias march,3 1/22278 58-222 7267

PROGRAMADOR **CURSOS IBM** **PERFORISTA**

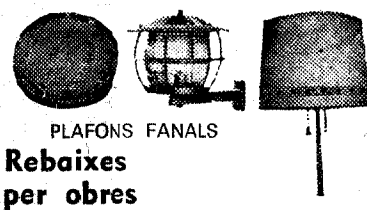
PROGRAMACION
Inicio:
 15 mayo (Sábados, de 5 a 9)
 17 mayo (Lu-Mi-Vi, de 7.30 a 9.30)

Perforación: 1 hora diaria a escoger
Inicio:
 12 y 13 mayo
 Infórmese y reserve su plaza

EFFECTUE PAGOS MENSUALES

SEGURO AUTOMOVIL A PLAZOS
 en 12 meses — sin entrada — sin récaro — sin franquicia
 GALLES. Tel. 222-22-20. Un teléfono... «que suena»

Làmpares Pantalles BERTRAN
 LLISTES DE CASAMENT



PLAFONS FANALS
Rebaixes per obres
 LAMPARES

Plaça del Pi, 2, «tocant» Petritxol
 Carrer del Pi, 16, «vora» Portaferrisa

¡¡FRIO!!
FRIGORIFICOS SIN ENTRADA
Entrega inmediata
Tels. 220-04-04 y 229-92-92

MUEBLES QUINCOCES
OPORTUNIDAD
 A partir de hoy ofrece a su distinguida clientela muebles a precio de costo en su Sección de Oportunidades, en calle Aribau, núm. 95

NAVES PREFABRICADAS UNF



ENTREGA INMEDIATA
 ESTRUCTURAS DESDE 300 PTAS. M.
COLL VALL LEPANTO, 388 • TELEF. 256 06 02 • BARCELONA-13